

METACUENTO

Me he impuesto la necesidad de escribir un cuento a mis 77 años, debo aclarar que este desafío existe desde mi juventud allá por los años sesenta y me ha acompañado toda la vida, sin ningún resultado digno de un premio.

Por este lado la creatividad le gana lejos a la productividad, tengo miles de temas e ideas para escribir cuentos y curiosamente ninguna se ha concretado.

¿Será éste un desafío más en mi larga lista de “podrías ser”? puede ser este el momento estelar del inicio de mi carrera como escritor, como jubilado tengo tiempo y esta vez sí que sí, terminaré algo, cualquier cosa, lo cierto es que me quedan apenas unas horas para que se cumpla el plazo de entrega para el concurso, así es que manos a la obra.

Llevo 145 palabras escritas y parece que las ideas se escondieron al unísono y mi única neurona está en modo avión y en el archivador de mi mente en la carpeta que he titulado “proyectos de cuentos y otras yerbas” solo trinan grillos.

Lo más importante es elegir el tema, el tópico, el estilo, y para serles franco, nada se me ocurre.

Es difícil comenzar un cuento, según me dicen los expertos, el cuento debe atraer y activar al lector en los primeros párrafos, llevo 6 y todavía no activo nada, bueno aun es temprano para abortar mis intenciones.

Escribir un libro, dijo mi amiga Elizabeth, es como parir un hijo en público y al parecer yo ni siquiera siento las náuseas propias del embarazo, tampoco siento contracciones más que los gases que son tan comunes en la tercera edad, por último, mi biología de macho me lo impide, sin embargo, me gusta la metáfora de la Eli, y empezaré ahora a pujar, respirar profundo y gritar para ver si sale algo más que sea.

Así entonces, cuando llevo escritas 324 palabras. las musas, esas divinidades griegas inspiradoras, no me visitan. Medito, respiro, cierro los ojos, trato infructuosamente de concentrarme, busco el zen, activo la glándula pineal y nada cuando faltan apenas 1 hora para que la cuenta regresiva termine.

Pienso en algunos mentores que me han acompañado durante toda mi vida: Cortázar mi preferido y su libro “Fin de Juego”, aunque leerlo me descompone ya que el argentino se me adelantó y escribió los cuentos que yo había pensado escribir y si ello fuera posible lo demandaría por derecho de autor, siempre sospeché de Julio quien se metió en mi mente y escribió el cuento “las Ménades” extraído de los rincones de mi cerebro, sepa moya porque medio.

Abro entonces otro libro y me sucede lo mismo con Edgard Alan Poe, descubro rasgos familiares a mis ideas en el cuento “El Timo” por lo que no dudo en calificarlo como chupador de la mente de personas buenas, ingenuas y procrastinadoras como yo.

Otro caso, El marqués de Sade (Donatien Alphonse François, filósofo y escritor del siglo XVIII), quien inicia una de sus obras con el siguiente texto *“Querido lector, tengo una pequeña historia perversa para contar, sacada de las páginas de la historia, adornada, cierto. Pero garantizada a estimular nuestros sentidos”* y esa misma era la frase con que yo empezar este cuento, pero Donatien se me adelantó en un par de siglos.

Me pasó lo mismo con Shakespeare que al igual que yo, buscaba en las noticias y en la sabiduría popular (cantores, heraldos o juglares) textos que copiaba y luego firmaba como suyos, según dicen los peladores que nunca faltan. Estoy seguro de que por ese medio la obra “Hamlet” me fue robada por el escritor inglés hace 459 años y los inscribió como suyos en 1603.

He visto varias películas sobre escritores y descubro en ellas varias constantes relacionadas con el oficio, los más antiguos escribían con pluma y tintero así es que fue lo primero que intenté; fracasando irremediablemente.

Obstáculos formidables aparecieron en el camino. El primero de ellos me llevó a recorrer todo el comercio de mi ciudad y no pude encontrar una buena pluma de ave, pues como ustedes sabrán, hoy en día las gallinas se venden peladas y quien sabe que hacen con las plumas, solo encontré la tinta Caimán, pero de nada sirvió pues ni siquiera encontré las famosas Plumas “R” de mi niñez, probablemente las ocuparon para vacunar.

El peor obstáculo fue intentar escribir con un inocente y famoso lápiz de pasta Bic, de esos desechables, entonces mi angustia se convirtió en horror, al percatarme de que en mi hogar no había una miserable hoja de papel.

Luego de un largo y accidentado viaje/odisea, logré juntar papel, lápiz y tinta y me encontré listo para empezar a escribir a la antigua con letra manuscrita.

Mis problemas aun no terminaban, en esos instantes descubrí que mi capacidad caligráfica había desaparecido, por falta de uso o por deterioro cognitivo, los hermosos escritos que hacía en mi cuaderno de caligrafía cuando pequeño, se habían transformado en garabatos imposibles de entender, todo por culpa de los computadores.

Otra constante literaria es que la mayor parte de los escritores se refugian en lugares lejanos y tranquilos, en este mundo postmoderno ya no existen tales lugares y aun menos, el silencio necesario para el proceso escritural, desde la ventana de mi habitación estudio, apenas veo el cielo y edificios obscenos en su verticalidad y pobres en su arquitectura y la voz distorsionada del vendedor de verdura que ofrece su mercadería a través de una bocina a varios decibeles sobre lo permitido.

Resignado a no contar con ese espacio idílico, recurro a mi imaginación, mentalmente pienso en un lugar, podría ser en la playa de Varadero en Cuba u otro paraíso tropical, con un mojito cubano con harto hielo y una canasta de frutas tropicales.

Con un aspersor aromatizo mi imaginación con lavanda mientras en una radio casettera Kyoto, escucho “El Manisero” un son de 1930 compuesto por Moisés

Simons, en tanto, una bella mulata vestida con un bikini pequeñísimo y una falda de totora y dos medios cocos como sostén, se me aparece con su dulce voz, entonando una canción cuya letra dice “¡¡¡¡anda a comprar pan y algo para echarle al pan!!!!”, en ese momento bajo de golpe a la tierra y debo moverme rápidamente para obedecer la orden de mi compañera.

Como los viejos nos ponemos porfiados, me acordé de una película que tiene como protagonista a un escritor escaso de inspiración, que acarrea consigo, a manera de cábala, una enorme máquina de escribir, de esas que ya nadie usa. Después de mucho buscar, encontré una Remington 12, fabricada en USA en 1927 (200 lucas que tendré que descontar del premio), pesado y bello objeto del diseño de esos años, pintada entera de negro brillante y con la marca en letras doradas, las letras de metal (tipos) alineados como si estuvieran en un anfiteatro esperando que su dueño mueva el mecanismo ingenioso que la hará impactar con fuerte ruido sobre el papel.

Me costó encontrar cinta entintada y cuando lo logré, comencé a acariciar las teclas como si estuviera tocando suavemente las teclas de un piano, luego de 15 minutos me afectó el famoso síndrome del túnel carpiano (dedos en gatillo y adormecimiento de los dedos pulgar, índice y medio) y mis manos afectadas por la infame artrosis pedían ibuprofeno y paracetamol a gritos, los vecinos reclamaban por la bulla, además la máquina no traía mouse, no tenía memoria RAM ni disco duro y le faltaban las teclas Copy Paste. En suma, un desastre.

Dicen que los destilados y otras sustancias como la ayahuasca, el tónico para la tos, el neoprene, la cannabis y otros elementos ilícitos, obran milagros en el proceso creativo, se señala que estas actividades prohibidas, actúan como estopines de explosivo, aceleradores e iniciadores que generan ondas cerebrales capaces de crear las más potentes y maravillosas iluminaciones cósmicas, que provienen de lo profundo de la conciencia no local, del centro pineal, de la trascendentalidad de la mente que se hace holística y transforma a las personas en seres extrahumanos que atraviesan paredes sólidas, hablan con lo muertos, se expresan en lenguajes desconocidos, multiubicuos, levitantes y giradores, que se

comunican con extraterrestres, dialogan con los dioses y los demonios en una danza alucinante que cambia definitivamente sus vidas.

Ustedes amables lectores entenderán que un caballero como yo, en el invierno de su vida, ose recurrir a tales procesos, no tengo ganas ni dinero para vivir una experiencia alucinógena de tal categoría, por lo cual pongo término a este cuento y procedo a despacharlo por fax a la comisión organizadora del concurso para su revisión y fines a que haya lugar.

Es cuanto puedo confesar a USIA

Alquimista de las Palabras

30 de Septiembre año 2023